

OBITUARIO: JUAN SÁNCHEZ PELÁEZ

Antonio López Ortega
Caracas, Venezuela

Cuesta creer que Juan Sánchez Peláez (1922-2003) se nos haya ido en estos días. Cuesta creerlo no por sentir que su hora final no llegaría nunca sino porque su presencia parecía infinita, como infinitos y hondos fueron sus versos. No es momento de balances y comparaciones pero me apresuro a decir que, junto a las de José Antonio Ramos Sucre y Vicente Gerbasi, su voz fue una de las tres cimas mayores de la poesía venezolana del siglo XX. A diferencia del primero -cuyo tono fue austero y en el fondo doloroso-, y en las antípodas del segundo -cuya voz, untada de magicismo, fue de celebración permanente-, la poesía de Sánchez Peláez creció de manera vertical: iba siempre de la superficie a los abismos interiores, como si la apariencia fuera siempre engañosa y hubiese que escarbar con ahínco para rehallar el sentido de las cosas. Lejos de asegurar al lector en sus certezas, la palabra vibrátil del poeta (“pez vivo en la red”) lo sembraba de dudas. Si sólo en el dolor se aprende, Sánchez Peláez devolvía la lección con creces para invitar invariablemente a un desplazamiento vertical: “A fondo, memoria mía, para que no extravíes en la estación final ni un átomo en las cuentas de la angustiosa cosecha.” ¿Habría acaso una definición más depurada del sentido real de la escritura? La *estación final* llegó como una serpiente quieta a su cuerpo desvencijado para legarnos de por vida sus versos enigmáticos, esa *angustiosa cosecha* que lo desvelaba noche tras noche como la obsesión mayor de su espíritu privilegiado.

La musicalidad de sus versos fue única, como si las palabras sonaran antes de ser leídas; el zigzag de sus estrofas eran partituras perfectas, verdaderas constelaciones donde gravitaban sin concierto aparente sustantivos, verbos y adjetivos. Sus poemas en prosa -sobre todo en *Rasgos comunes* (1975)- eran piezas prodigiosas, escultóricas, piedras que caían a un pozo insondable. Su voz fue profundamente femenina si entendemos que la búsqueda del *anima* fue motivo central,

HPR/74

consciente o inconsciente, de sus versos. No es la heroicidad -parecía decirnos- lo que nos *mueve* como cultura sino más bien un registro que parece estar más cerca del matriarcado y que ocultamos permanentemente para no encarar una realidad constitutiva que nos desquiciaría. Hurgar en el fondo de nuestras miserias, en lo que Jung llamaría la *sombra*, no es tarea fácil. Pero allí estaba Sánchez Peláez para recordárnoslo.

Verso tras verso, en lo que podría ser la apuesta mayor de su poesía, una lectura interpretativa de fondo nos llevaba a reconocer que el poeta no cejó en indicarnos el carácter incompleto de nuestro signo cultural (“nos falta sopa” y “nos sobra el traje por la solapa”). Si de cantar se trata -diría el poeta-, hay que cantarle a la incompletud, al carácter sesgado de nuestra apuesta vital, a la condición adolescente de nuestra cosmovisión, a nuestro afán superficial y reticente a las honduras. Si sembramos puras horizontalidades en nuestra escena cotidiana, Sánchez Peláez clavaba sobre ese tejido suspendido postes de luz, postes de orientación y sentido forzosamente verticales. Frente a la continuidad aparente e huidiza, obstáculos mayores para reconvocar el sentido y rehacer una lectura más permanente de la realidad.

En sus últimos días, quienes tuvimos la fortuna de compartir con él y con la dulce Malena, lo advertimos más sabio que nunca. Recitaba versos completos, se reía de manera traviesa, se ocultaba si la tos lo ahogaba. Miraba desde otro lado, desde las nubes (podríamos decir), consciente de su sendero de gloria. Miraba con sus ojos abiertos, siempre orbitales, y con sus labios mojados, siempre adolescentes. La muerte se le fue subiendo al cuerpo como una lenta enredadera, como una boa de digestión pesada, y él la veía venir con parsimonia, quieto en su sillón incólume y con una bata de seda que imagino celeste. Celebraba sentirse lejos de cualquier presidio y nos observaba como criaturas mortales. Ya su mundo era otro y acaso lo intuíamos con torpeza. Si la luz se asomaba al balcón de su casa, él entrecerraba los ojos: con poco esplendor podía recibir los días finales. Flotaba, creo que flotaba porque se separaba del mundo, al menos del nuestro, de este código cifrado que colonizamos de palabras para no sentirnos del todo extraviados.

HPR/75

Creo haberlo visto susurrando versos enteros y guardo para mí los que pudo recitarme porque sabía que eran lectura obsesiva y pasto de mis afanes. Una imagen terminal me dice que la enredadera no lo sumió del todo, que su cuerpo raigal se llevó a la muerte a otro lado para enterrarla allí donde el canto de la humanidad perdura más allá de los tristes afanes y de las miserias cotidianas.

HPR/76

SI COMO ES LA SENTENCIA

Los juiciosos, bien mojados desde su cuna con la punta necesaria

de la sabiduría

bien mecidos desde ahí

con apetitos

que no son fatales

jamás,

ponen ni dichosos

ni trágicos

las varas de la ley, y fijan límites imperiosos,

y en la picota nuestra jerga boba muy ribeteada

con flores y pajarillos.

Si de una parte,

El mortal amado por los dioses

Muere pronto,

aquella plaga

por el contrario

sobrevive a todos los inviernos.

No te vayas a atribular,

tú,

que no tienes

HPR/77

planes hechos para el futuro
y que empujas el musgo
de los días
con tu trauma y
tu hierro marcado al rojo vivo en la nuca.

Juan Sánchez Peláez, de *Rasgos comunes* (Monte Avila, 1975)